

MENOR ABANDONADO Y CULTURA DE LA NOCHE MARPLATENSE

ROSENTHAL, Cristina Amanda*

Mar del Plata se encuentra emplazada en el frente marítimo bonaerense y es, por sus características naturales y culturales, una aglomeración urbana singular en relación con el resto de las ciudades de la región pampeana.

Localizada en una región que originalmente generó actividades agrícola-ganaderas en el siglo XIX, dio lugar a un centro especializado, primitivamente un puerto saladeril. Se estima que la población urbana, poco después de la fundación de la ciudad en 1874, era de 1.014 habitantes, mientras que para el total del partido alcanzaba a 4.030 efectivos. A estas actividades económicas, se fueron paulatinamente sumando otras que modelaron el perfil urbano de la ciudad hacia finales del siglo pasado. El turismo sectario descolló dentro de las nuevas funciones ciudadanas, en razón de la elección hecha por parte de la aristocracia porteña. La excepcionalidad del recurso paisajístico constituido por estribaciones serranas en confluencia con el mar, la existencia de amplios campos dunarios, un perímetro de costa de 39 kilómetros y un clima templado oceánico benigno prepararon el escenario para la constitución de una villa balnearia selecta desde la llegada del ferrocarril (1886) hasta entrada la década del `30.

La preferencia como centro vacacional de Mar del Plata por parte de la clase dominante nacional fue concluyente a la hora de organizarse la sociedad local. La ciudad comenzó a construirse con recursos privados y públicos dirigidos por la elite gobernante desde instituciones privadas o bien desde las administraciones nacionales y provinciales. Así se hizo con las obras suntuarias que embellecían la ciudad: las ramblas, el casino, paseos, edificios públicos, plazas y parques. Otras actividades lograron expandirse asociadas total o parcialmente al turismo, algunas pequeñas industrias integradas fuertemente a actividades primarias (conservas, molinos harineros, construcción, etc.) y un creciente sector comercial dinamizado por los flujos estivales.

Los segmentos industriales y comerciales que comenzaron a tener un gran auge a partir de 1930, crecieron aún más con el ingreso de turismo masivo social a la luz de los beneficios otorgados por el Estado Populista, en la década del 40, a amplios sectores tradicionalmente postergados. Como respuesta a la crisis económica internacional de 1929, se implementaron desde el gobierno nacional estrategias intervencionistas a los efectos de propender un desarrollo endógeno.

* Secretaria de Investigación y Postgrado de la Facultad de Humanidades.
Profesora Titular Area Socio Territorial Y. Universidad Nacional de Mar del Plata. Argentina.

Las medidas tendieron a incentivar la sustitución de importaciones mediante la creación de industrias terminales y una significativa legislación proteccionista. De la misma manera, a los efectos de consolidar el modelo se necesitó extender los beneficios al consumo masivo.

Paulatinamente, cambió la estructura de la ciudad. La población urbana en 1938 alcanzaba a 62.914 habitantes (el 86,2 % del total del Partido), Mar del Plata se convertía en centro turístico de primera magnitud y con ello tuvo lugar un conjunto de fenómenos típicos de una ciudad en auge. Fenómenos que signaron las décadas siguientes tales como: la construcción explosiva, la especulación inmobiliaria, los loteos y la venta de terrenos a plazos y la multiplicación constantes de negocios temporarios orientados exclusivamente a la demanda estacional. Este crecimiento económico, lógicamente, fue acompañado por una densificación y expansión de las asociaciones locales: cámaras empresarias, corporaciones profesionales, sociedades de fomento, comisiones impulsoras, entidades de bien común, mutuales y sindicatos.

El turismo marcó la conformación de la sociedad local dando lugar a una burguesía media constituida por comerciantes propietarios de hoteles, restaurantes, cafés; industriales pesqueros, textiles y empresarios de industrias alimenticias destinadas mayormente a proveer la ciudad y su área de influencia. La constante obra pública efectuada en la ciudad por agencias de distinta jurisdicción hizo surgir un grupo floreciente de contratistas, a los que se agregaron los concesionarios de unidades fiscales turísticas. La mano de obra se conformó por residentes y se complementó durante la temporada estival con migraciones estacionales que respondían a la demanda veraniega, y que en algunos casos se radicaron definitivamente en la ciudad. La complejidad de las funciones que fue asumiendo la ciudad necesitó del crecimiento de los aparatos administrativos, tanto los municipales como las delegaciones provinciales y nacionales que se configuraron en fuente de empleo. Paralelamente se desarrolló un segmento de profesionales liberales que aún hoy hacen sentir su presencia mediante las entidades colegiadas(1).

Hacia 1980 Mar del Plata se había convertido en el séptimo aglomerado urbano de la Argentina. La población Económicamente Activa (PEA), se estimaba en 163.746 personas y los inactivos en 150.057. Las ramas de la actividad económica que ocupaban más mano de obra eran, el comercio 23%; los servicios comunales, sociales y personales 22,9%; la industria manufacturera 19,2% y la construcción 14,6% (2). El sector de mayor predicamento, no solo por su capacidad de empleo sino además por aportar la quinta parte del producto bruto comunal, era y es aún hoy el comercio.

La puesta en práctica por el gobierno militar de un nuevo modelo de acumulación de corte aperturista tuvo derivaciones de magnitud nacional con impactos negativos en la estructura productiva de la ciudad. El disciplinamiento social no solo consistió en la represión a toda manifestación de oposición sino, además, en la modificación drástica de las condiciones socioeconómicas que habían prohiado el surgimiento de la clase obrera.

Un aspecto sobresaliente del proceso económico es la debacle del poder adquisitivo de la clase media, tanto asalariada como autónoma, y su cada vez menor participación en el ingreso nacional. Fue la emergencia histórica y la expansión de la clase media, la que hizo factible los contingentes que transformaron a la ciudad de una villa exclusiva en una urbe de turismo masivo, lo que a su vez dio lugar a una significativa inversión inmobiliaria y a la construcción desenfrenada. El modelo aperturista de los `70 benefició a los grupos económicos más concentrados nacionales y transnacionales, en desmedro de los ingresos de los asalariados, y de los pequeños y medianos empresarios(3). Esta redistribución que lesionó a este último sector social impactó en su capacidad de gasto en consumos recreativos, cuestión que singularmente afectó a la ciudad de Mar del Plata, con descenso de los lapsos de estadías tanto en hoteles como en viviendas y un menor flujo de mano de obra pendular durante la temporada estival.

Planteado el escenario urbano debemos tener en cuenta que los procesos de urbanización, los cambios en las estructuras económicas y sociales, el desarrollo desigual, las nuevas formas de dependencia, los cambios en el sistema político, van generando problemas sociales urbanos(4).

No se conoce ningún estudio de una ciudad de América Latina que refleje con cierto detalle las diferencias en la calidad ambiental de los distintos barrios y que los relacione con la situación de la infancia. Hay barrios donde se acumulan deficiencias que ponen en mucho mayor peligro que en otros la sobrevivencia de los niños. Las tasas de natalidad y mortalidad globales y las causas de mortalidad de los niños se diferencian según los barrios; sus enfermedades, escolaridad, acceso a la información, nutrición, peso y altura, e inserción en la estructura laboral también.

En el contexto de nuestra problemática debe resaltarse el hecho de que las lógicas de subsistencia de los trabajos urbanos tienen normalmente su espina dorsal en la integración al mercado laboral, lo que supone que su caracterización como agentes sociales remite -en primera instancia- a la estructura productiva.

La extensión del concepto de clase (al menos en relación a los trabajadores urbanos) hacia la esfera reproductiva supone reivindicar la cotidianeidad como un campo de conflictividad social significativo.

Para cientos de niños la idea del mundo se reducirá durante los años formativos de sus vidas a su percepción del barrio donde viven y del entorno inmediato. Las actividades que desarrollan en el barrio moldearán su comportamiento y su forma de relacionarse con la comunidad. La microsociedad barrial interviene en ese proceso de desarrollo de muchas maneras; las actividades que realizan sus integrantes y el sistema de valores compartido pueden ampliar o restringir en los niños su percepción de la realidad, de lo que puede ser modificado, en fin, de su valor como persona y de su derecho a opinar, aspirar y protagonizar en la vida.

La pobreza y el hábitat humano que resulta de ella conducen con frecuencia a adoptar entre los miembros de la familia prácticas reconocidas como equivocadas pero difícilmente evitables. La coexistencia familiar en la pobreza está sometida

a serias tensiones. Relata Paulo Freire su conversación con el padre de una familia que vivía en una “favela” de Recife. Freire criticaba los castigos corporales infligidos a los niños, no sólo por el dolor físico sino fundamentalmente por el sentimiento de “no amor” que causa en ellos. El padre le respondió así: “en casa somos nueve; mi mujer, siete hijos vivos y yo; todos en un cuarto. Cuando llego del trabajo todos lloran; el que no está enfermo llora de hambre, todos de frío. No hay remedios ni comidas ¿Cómo los hago callar, doctor? Al otro día a las cuatro de la mañana tengo que volver a trabajar y preciso dormir un poco. A palos, doctor, con “conversa” no alcanza, doctor...” El padre, como el pueblo, entendía lo que Freire decía, pero sus urgencias eran otras(5).

Una vivienda hacinada, ruidosa y sucia, sin agua corriente ni privacidad, en un barrio formado por otras viviendas similares, apretadas unas contra otras, acentúa los conflictos entre los miembros de una familia y entre vecinos. Sus comportamientos personales son, con frecuencia, incontrolados debido a las tensiones que agrega un hábitat totalmente inadecuado a situaciones económicas y laborales de total incertidumbre. Muchas rupturas familiares tienen origen en los malos tratos que se infligen entre sí miembros de una familia. La gran mayoría de los niños que viven sin vinculaciones familiares en las calles y en los refugios improvisados de las ciudades de América Latina provienen de los hábitat de la pobreza y de los comportamientos que éstos provocan: una mala vivienda y un hábitat inadecuado no solo crea tensiones, sino que afecta la actividad de los miembros de la familia hacia la comunidad en general.

Siguiendo los lineamientos que Francisco Espert y William Myers propusieron en Bogotá en 1988 (Análisis de Situación, Programa Regional para América Latina y el Caribe. UNICEF, Colombia, 1988), identificamos dos grupos diferenciados: los chicos de la calle que son “los que viven en la calle, en los que se manifiesta la falta de una estructura familiar que los contenga y la ausencia de códigos sociales que remiten a la comunidad”. Estos “son chicos expulsados, productos de hogares centrífugos en los que los chicos se constituyen, desde muy temprano, en objeto de uso y abuso”; y los chicos en la calle, que son “chicos que están en la calle entre 6 y 8 horas diarias, por lo general. Estos tienen un lugar donde volver, tienen una familia que imprime pautas de conducta, a las que estos chicos se sujetan, conductas que no siempre se enmarcan en los códigos sociales y jurídicos establecidos”.

Ubicándonos nuevamente en el escenario urbano de la ciudad de Mar del Plata, surge una posible tercera categoría, la de los “chicos institucionalizados”, y que vinculados a la estructura de la población marplatense actual, teniendo en cuenta el último Censo Poblacional, donde la población migrante asciende a casi el 49 %; estamos en presencia del nudo de nuestro análisis: a partir de dos estudios realizados en APAND (Asociación de Empleados de Casinos Pro Ayuda a la Niñez Desamparada) Hogar Scarpati. Los menores internados en esta institución a través de los tribunales de menores N° 1 y N° 2 de Mar del Plata, sobre más de

doscientos casos estudiados, el 75 % de los padres de los menores institucionalizados eran migrantes.

Se debe consignar que APAND surge como motivación de un empleado de Casino que hace más de treinta años visualiza la problemática de los menores abandonados y comienza a trabajar estableciendo redes solidarias que a través del tiempo se plasman en una ONG que en la actualidad sirve de referencia a otras de estas características a nivel internacional.

Todos estos datos, configuran un panorama que hace oportuno indagar acerca de la existencia de “señales de identidad y pertenencia” de los actores de esta situación relacional del espacio urbano.

Son los empleados de casinos, que pertenecen a los sectores medios de la estructura social marplatense, quienes con sus contribuciones voluntarias sostienen a APAND. Estos trabajadores desarrollan sus tareas en un lapso de tiempo con predominio de los horarios nocturnos, configurando en la red de la noche marplatense una “subcultura”. Debemos preguntarnos qué “percepción social del tiempo” se habrá desarrollado para que se genere este fenómeno tan especial, en que actores sociales que vienen de la “cultura de la noche marplatense” se ocupen y preocupen por atender a chicos de la calle, que de esta manera dejan de ser de la calle.

La población estudiada se caracteriza, como ya se señaló, por tener un alto porcentaje de padres migrantes. Las migraciones varían según el lugar de origen: Provincia de Buenos Aires, Norte del país, Países vecinos. La migración implica la desintegración de un núcleo familiar originario con la consiguiente pérdida de cohesión e identidad, desintegración y desarraigo que generan en varias oportunidades conductas desorganizadas. Las motivaciones de esta migración, están dadas en la mayoría de los casos por: a) Falta de trabajo en su lugar de origen, con la consiguiente inestabilidad económica. b) Atracción por el modelo urbano de vida.

Uno de los probables conflictos de orden familiar en los grupos migrantes rurales que llegan a núcleos urbanos, es el contraste entre los modelos de organización familiar distintos.

En el modelo urbano la organización doméstica predominante es la de la familia nuclear -los padres y sus hijos- que requiere para el desarrollo armónico un importante insumo de recursos económicos garantizados en general por un trabajo estable de ocupación calificada e incluso alguna posesión de bienes previos a la constitución de la familia.

Estas condiciones no se dan en los casos analizados, ya que su modelo de familia en el área de origen, generalmente áreas rurales, no concuerda con el modelo de destino. Las familias rurales generalmente son numerosas, como garantía de mano de obra para las tareas cotidianas.

En este caso, desde el punto de vista ocupacional, los padres no tienen ocupación laboral permanente, carecen de protección de leyes sociales y las madres en general se ocupan en tareas de servicio doméstico. En estos grupos las serias dificultades socioeconómicas generan una situación de violencia, por la cual los

padres vuelcan hacia sus hijos manifestaciones agresivas, malos tratos e incluso el abandono de uno o ambos de los progenitores del núcleo familiar. Es entonces cuando aparece la “Institución” de internación como el sitio adecuado para encausar esas conductas.

Todo esto supone para el menor institucionalizado migrante varios “abandonos” y hasta el momento de la observación de la situación una sola “bienvenida” que si bien no es la bienvenida de los institutos de menores convencionales, solo genera nuevamente identidades y pertenencias momentáneas. Es la institución la que sustituye a la familia en lo que se entiende como contención de situaciones.

Queda planteada la necesidad de repensar porqué no se dieron en el interior de las familias migrantes estrategias que permitieran contener dentro de ellas a los niños y cuáles son las razones por las cuales se generan dentro de la institución organizada por los “casineros” estrategias que permitan a los niños sobrevivir a tantas instancias de abandono y producir a mediano plazo las posibilidades de regreso a la unidad familiar. Los empleados de casino aportan a la resocialización de los menores institucionalizados concibiéndolos como seres humanos, como personas en desarrollo.

Analizando las declaraciones de varios de los dirigentes de esta organización intermedia parece quedar claro que es la condición de su trabajo nocturno lo que les permite acercarse a la situación de abandono de los chicos “deambulando en la noche marplatense”.

Sirva todo lo anterior como una primera aproximación, un desarrollo más amplio de la cuestión permitirá confrontar entre conceptos teóricos tales como: integración, identidad, símbolos, cultura con la experiencia concreta de vinculación de estas dos “subculturas”: la de los menores institucionalizados y la de los empleados de casino.

NOTAS

(1)Este tema puede verse con mayor detalle en Cuadernos de Estudios Político N° 1, ponencia Bec. de Inic. Prof. Guillermo Cicalese.

(2)Censo Nacional de Población 1980. Serie B.

(3)Torrado, Susana. Estructura Social de la Argentina. Ediciones de La Flor. 1993.

(4)Coraggio, José Luis. Ciudades sin Rumbo. Investigación urbana y proyecto popular.

(5)Hardoy, Jorge. La infancia en las ciudades. Ciencia Hoy. Vol. I N° 2. 1991.

BIBLIOGRAFIA

- *Geertz, Clifford. La interpretación de las culturas. Gedisa. Barcelona. 1987.
- *Halperin, Leopoldo. Menores. Pobreza y Estrategias de sobrevivencia. Informe Especial. Revista Iniciativas. Buenos Aires. 1992.
- *Herrán, Carlos. “La ciudad como objeto antropológico”. Secretaría de Cultura. Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires. Buenos Aires. 1985.
- *Margulis, Mario. Cultura y Reproducción de las unidades domésticas. Inah. México. 1988.
- *Margulis, Mario. “La cultura de la noche”. Espasa Calpe. Buenos Aires. 1994.
- *Revista de Posgrado, Investigación y Doctorado Oikos. Facultad de Ciencias Económicas. UBA. Abril de 1995.